

Feijoo, político

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ
(Universidad de La Rioja)

Todo dependía de la Política. «J'avais vu que tout tenait radicalement à la politique», escribió Rousseau en *Les Confessions*. Sin embargo, costó mucho en España abordar el *siglo político* desde la historia política. El II Simposio sobre Feijoo se celebró en un ambiente historiográfico todavía dominado por la *económico-social*; la Política estaba solo esbozada en los estudios sobre los grandes personajes del siglo ilustrado, los más a cargo de hispanistas, otros de la mano de los «reflexivos del XVIII» españoles, entre los que destacaban los que Olaechea, Caso o Mestre dedicaban a Aranda, a Jovellanos o a Mayans. Como los más *famosos* ilustrados se concentraban en el reinado de Carlos III, todo lo anterior, incluidos los escritores políticos, o los grandes ministros, parecía una sala de espera presidida por el padre Feijoo. Para Stiffoni, el benedictino formaba pareja con Patiño, lo que sigue siendo una buena pista sobre las implicaciones políticas del padre, tan buena como la que dejó Campomanes en la *Noticia* al hacerlo cómplice de las estrategias políticas que le interesaban entonces, en 1765, sobre todo la guerra entre partidos, presidida por la oposición de los grandes contra los ministros *plebeyos*, que para la historiografía tradicional no estallaría hasta la aparición del «partido aragonés», por supuesto en esa *segunda mitad éclairée*¹.

Hoy ya sabemos que Feijoo no estaba solo, pero nos resistimos a aceptar su capacidad para orientar y dirigir idealmente la política del siglo, pues estamos esperando a un Campomanes —la inteligencia política—, a un Floridablanca —el que introdujo el Derecho como fundamento— o a un Jovellanos, el *gran reformador*. Al otro lado, se visualiza la línea que conduce del duque de Alba al

¹ Giovanni STIFFONI, «Introducción biográfica y crítica» a la antología Benito Jerónimo FEIJOO, *Teatro Crítico*, Madrid, Castalia, 1986. También su excelente capítulo «La época de los primeros Borbones», en la *Historia de España* de MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, Espasa-Calpe, 1985. La *Noticia* de CAMPOMANES es la que abre la primera edición conjunta de las obras de Feijoo (1765). Véase el espléndido «Estudio introductorio» de Inmaculada URZAINQUI a la reciente edición del primer tomo de Benito Jerónimo FEIJOO, *Obras completas, tomo II. Cartas eruditas y curiosas, I*, Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José Vázquez (eds.), Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo, KRK Ediciones, 2014; y, desde luego, las actas VV. AA., *II Simposio sobre el Padre Feijoo*, Oviedo, Cátedra Feijoo, dos tomos, 1981 y 1983.

conde de Aranda, los grandes resentidos, siempre al lado del rey, pero a los que el *partido de las reformas* pudo impedir —víctimas por medio, y muchas— que tuvieran mano en el gobierno². Obviamente, sería un abuso atribuir a Feijoo el papel de ideólogo precursor de ese *partido*, cuya primera característica es «servir al rey sacralizado para poder reformar, involucrándolo»³; pero sería igualmente poco riguroso seguir haciendo el panegírico del frailecito que sabía de todo y que se metió en todo guiado solo por la curiosidad intelectual y por sus muchas virtudes⁴. Habría algunos que quedarían satisfechos con esa manida imagen, pues así la Ilustración seguiría yendo por un lado —impulsada por la saga que va desde un pequeño Feijoo a un gigante Jovellanos— y la Política por otro, sostenida por el rey ilustrado por antonomasia y sus *volterianos* ministros. Ortega seguramente sería uno de ellos. Para él, el siglo XVIII fue el «siglo menos español» y, por supuesto, se negó a contar con Feijoo, al que prácticamente no citó más que una vez (para corregirle)⁵.

Y, sin embargo, la figura más *política* del siglo, el forjador de las políticas ilustradas, Campomanes, no solo vio en Feijoo el pensador de las *ideas políticas originarias* que él iba a desarrollar en sus cuarenta años de *servicios al Estado*, sino que le hizo *tomar partido* un año antes del golpe de timón de 1766, el que iba a permitir a la *Trinca* —Aranda, Olavide y él mismo— llevar el *despotismo ilustrado* a la práctica con todas las consecuencias. Campomanes necesitaba todavía las ideas *protectoras* de Feijoo, pues ya había arriesgado como fiscal del Consejo de Castilla descubriéndose partidario de la desamortización, del trabajo honrado, de la educación de los artesanos, contra los errores arrastrados por la sangre noble y su viciosa perpetuación, en fin, por las ideas que el Estado —es decir, el *despotismo ilustrado en acción*— debía ser capaz de llevar a la práctica contra el *absolutismo nobiliario*, aunque sabía perfectamente los riesgos que eso

² José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «Víctimas ilustradas del Despotismo. El conde de Superunda, culpable y reo, ante el conde de Aranda», en José Martínez Millán, Concha Camarero y Marcelo Luzzi (eds.), *La corte de los Borbones, crisis del modelo cortesano*, Madrid, Polifemo, 2013, págs. 1003-1033.

³ Antonio Mestre reparó en «la debilidad de los partidarios de las reformas que, sin el poder político, difícilmente podrían triunfar. Así lo veía el deán Martí, desde su retiro alicantino, al señalar que solo la autoridad del príncipe podría resolver el problema de los estudios. Y del mismo criterio debió participar el padre Feijoo, que pudo observar los aprietos de los «novatores» ante el ataque de los conservadores» (Antonio MESTRE, *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pág. 176 y ss.). Todavía en 1761, Mayans dice: «lo que importa es que lo mande el rey. Unas cosas pueden hacerse a sus expensas suyas, otras con sola su autoridad. Y todas se deben dedicar a su nombre», pág. 96.

⁴ Ya en sus últimos años, los *Diálogos de Chindulza* (1761) demuestran que el nivel intelectual se había elevado mucho y que no a todos contentaba la erudición para «gente poco instruida» de Feijoo. El autor, Lanz de Casafonda, abogado y fiscal, en la órbita de los nuevos políticos de Carlos III, despreciaba a Feijoo, el fraile que escribía de Medicina y desaconsejaba estudiar griego —«verdaderamente es grande el daño que puede causar la opinión de este padre, que es venerado por oráculo en toda España y en las Indias»—, en la misma línea de la crítica del catedrático de Matemáticas Torres Villarroel, que casi cuarenta años antes le llamaba «reverendo mortal o crítico, que todo es uno». Véanse los *Diálogos de Chindulza*, Francisco Aguilar Piñal (ed.), Oviedo, Cátedra Feijoo, 1972, págs. 46-47.

⁵ José María MARAVALL, «El primer siglo XVIII y la obra de Feijoo», en VV. AA., *II Simposio*, t. I, pág. 156.

iba a producir (solo tenía que recordar las críticas que sufrió y seguía sufriendo el *real protegido*, el *sabelotodo* Feijoo).

Forzando la máquina, Campomanes hizo de Feijoo un precursor del entramado ideológico que propició el desarrollo del Estado, aún a sabiendas de que la visión política del padre llegaba como mucho hasta aceptar «un cuerpo de Estado donde debajo de un gobierno civil estamos unidos por la coyunda de unas mismas leyes» («Glorias de España», TC, IV, 13 y 14), casi rozando la visión más estatista del togado Campomanes, basada en la fundamentación *legal* de las instituciones y en su desarrollo al calor del Derecho, o sea, de *la Razón*. No hace falta insistir en que para Feijoo la Política no podía quedarse solo ahí⁶, pues en último término dependía de Dios que influía en el príncipe para que evitara la tiranía, igual que para Saavedra Fajardo, a quien citó a menudo. Para Campomanes, sin embargo, Dios era prescindible en Política, como para Ensenada, que llegó a decir: «la religión, por las contingencias»⁷.

Así pues, conviene que nos detengamos en la *Noticia* de Campomanes y nos dejemos guiar por él en el mundo de la política del siglo ilustrado, en lo que en definitiva podría ser el *programa de mínimos* del despotismo *con fundamento ilustrado* al que contribuyó Feijoo... para provecho de Campomanes y de cuantos habían llegado a ministros sabiendo lo que expresó con toda claridad el mariscal de Noailles, gran concededor de España:

L'orgueil des grands souffre de se voir subordonné et comme soumis a des personnes dont la naissance est si inferieure a la leur, et qu'il desireront voir revenir l'ancien gouvernement tel qu'ils etoit sous Charles V et Philippe II et leurs successeurs⁸.

El método es reformar... *sin y con* la nobleza

Como han puesto de relieve todos los historiadores, Feijoo no se sujetó a un plan en nada, menos en sus ideas políticas, que están dispersas en todos sus escritos. Su concepción del *Teatro crítico*, a su edad ya propecta para ser escritor

⁶ Los límites éticos de la Política están claros en Feijoo desde el primer discurso: «De todo lo dicho en este capítulo sale, claramente, que en igualdad de talentos, con más seguridad y facilidad logran sus fines los políticos sanos que van por el camino de la rectitud y la verdad que los que siguen la senda del artificio y el dolo; que aquella es la política fina, y ésta la falsa» (TC, I, 1).

⁷ José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, *El proyecto reformista de Ensenada*, Lleida, Milenio, 1996; José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «Carvajal y Ensenada, un binomio político», en José Luis Gómez Urdáñez y José Miguel Delgado Barrado (eds.), *Ministros de Fernando VI*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2002, págs. 65-92.

⁸ Archive des Affaires Étrangères, Paris, T. 515, Madrid, SC, Aranjuez, 22 de mayo de 1754. Véase José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «El duque de Duras y el fin del Ministerio Ensenada (1752-1754)», *Hispania*, LIX, 201 (1999), págs. 217-249.

novel —cincuenta años—, le hizo plantearse el vasto universo de ideas susceptibles de *crítica* como si se enfrentara a un erial, producto del siglo de la decadencia y de su triste final, el rey loco, la guerra, las dificultades de los ministros plebeyos —la caída de Macanaz—, de lo que él fue testigo y víctima. Daba igual por dónde empezar, pero había algo en lo que el consenso era general: el método a seguir en política debía ser la reforma.

No hay duda en que el particular que violentamente pretende alterar la forma establecida de gobierno incurre la infamia de *sedicioso*. Pero asimismo el magistrado que cierra los oídos a cualquiera que con el respeto debido quiere representarle algunos inconvenientes que tiene la forma establecida, merece la nota de *tirano*. Mayormente cuando el que hace la representación no aspira a la abrogación de leyes, sí solo a la reforma de algunos abusos que no autoriza ley alguna y solo tienen a su favor la tolerancia. (TC, VII, 11).

«*Reforma de algunos abusos que no autoriza ley alguna*»: ése era el camino; primero, señalar los abusos que no justifica la ley, y luego, reformar. Pero el agente no debía ser el vulgo —al que dedica el primer discurso del *Teatro crítico* y del que espera poco⁹—, o el particular —es decir, el propio afectado—, sino el magistrado: la reforma se había de hacer desde dentro del sistema y por aquellos «que pueden mandar y proteger», la idea que dominó en el siglo¹⁰. Son los ministros, cada uno en un ramo, sin orden, sin un plan previsto, los que deben reformar: en todos los ramos hacía falta una *nueva planta*. Pero, en el siglo de los *ministros plebeyos*, una idea presidió el ideario político, este *programa de mínimos*, que Campomanes expresó así comentando las ideas feijonianas:

La nobleza se adquiere con las acciones ilustres a beneficio de la nación, y se conserva con la continuación de ellas en los descendientes, no con la ociosa posesión de las rentas adquiridas por la virtud de los antepasados¹¹.

Y Feijoo, con su gracejo habitual, así:

¿Qué caso puedo yo hacer de unos nobles fantasmones que nada hacen toda la vida, sino pasear calles, abultar corrillos y comer la hacienda que les dejaron sus mayores? (TC, VIII, 12).

⁹ «Antes es de creer que la multitud añadirá estorbos a la verdad, creciendo los sufragios al error [...] Siempre alcanzará más un discreto solo que una gran turba de necios; como verá mejor al sol un águila sola que un ejército de lechuzas» (TC, I, 1).

¹⁰ La expresión está tomada de la dedicatoria de Antonio José Rodríguez al marqués de la Ensenada de su *Carta respuesta a un ilustre prelado sobre el feto monstruoso, hallado poco ha en el vientre de una cabra, y reflexiones críticas que ilustran su historia...*, Madrid, s. i., 1753.

¹¹ Pedro RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, «Noticia de la Vida y Obras de M.I. y R.P.D. F. Benito Jerónimo Feijoo...», prólogo a la edición de las obras completas de Feijoo de Madrid, Real Compañía de Impresores y Libreros, 1765.

La crítica contra la nobleza ociosa se abrió curso sin obstáculos desde que la nueva dinastía se rodeó de abogados —los *cagatintas*, como llamaba el conde de Aranda a los *abogaduchos* como Campomanes, o a los *sármatas* como Grimaldi— y los elevó a los principales puestos ejecutivos al crear para ellos las secretarías y la vía reservada. El régimen de «ministros con el rey» se demostró útil para apartar a los grandes y dar paso a servidores del estado como Macanaz, Grimaldo, Orendain, Patiño, Campillo, Cuadra, Somodevilla, *hidalguillos medrados*, a los que, como mucho, se les vestía de marqueses para adornar el cargo y para que el rey tuviera siempre al lado gente noble. Pero el Real Seminario de Nobles no dio un solo ministro en el siglo¹². No es que hubiera un partido en la corte de «mentalidad burguesa» del que Feijoo fuera «portavoz espontáneo», como mantiene Iris M. Zavala y aprueba G. Stiffoni¹³ —para eso es muy pronto todavía—; lo que había, y Feijoo y su amigo Sarmiento lo sabían, era un partido de los grandes, que no dejó de moverse en torno al cuarto del príncipe Fernando desde que Felipe V volvió —ilegalmente— al trono otra vez, en 1724, y desde que vieron que la Farnesio apoyaba un gobierno de ministros *plebeyos*¹⁴.

Al criticar a la nobleza y elogiar el trabajo, Feijoo se ponía a la delantera de la política del siglo en las aspectos más temerarios, los que podemos rastrear en el mayor instrumento antifeudal del siglo, el catastro de Ensenada —el trabajo es la medida de la riqueza, iguala a todos, puro materialismo—, en los fundamentos ideológicos de Campomanes sobre la desamortización y en las críticas de Jovellanos contra el mayorazgo en la *reforma agraria*, iniciada por Campomanes-Olavide. Ahora bien, una empresa de esa envergadura tenía que producir contradicciones en un hombre como Feijoo, al fin y al cabo un benedictino; y, por eso, el padre no olvida nunca citar las raíces nobles de todos aquellos a los que pide aprobación o dedica su obra. A veces incluso llega a ser empalagoso, como en la dedicatoria a Gaspar de Molina, obispo y gobernador del Consejo de Castilla, a quien le recuerda todos sus ancestros nobles: «Siendo tan excelso el origen de los Molinas, aún lo es más el de los Oviedos» (TC, VIII).

Feijoo debía saber que nadie que no fuera noble llegó a obispo en el siglo XVIII, así que al reflejar que el obispo también era conde seguramente se le escapó alguna sonrisa picarona. Y es que ésta era la gran paradoja, que quizás entendamos mejor con las propuestas teóricas de Pierre Bourdieu, que Jacques Soubeyroux ha aplicado a su «construcción» de un Goya que desprecia la nobleza, pero que no deja de pedir que le reconozcan, a él y a su familia, la

¹² Jacques SOUBEYROUX, «El Real Seminario de Nobles de Madrid y la formación de las élites en el siglo XVIII», *Bulletin Hispanique*, 97.1 (1995), págs. 201-212.

¹³ STIFFONI, «Introducción», págs. 68 y 69.

¹⁴ José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI*, Madrid, Arlanza, 2001. Hay edición digital, corregida y aumentada en Punto de Vista editores, 2013, 2 vols.

condición de infanzón (hidalgo)¹⁵. En contra y a favor, *avec et contre*, así se fue modulando la política de los reformistas contra el viejo *orden feudal*.

La utilidad, lo que Dios crió y lo que fabricaron los hombres

La segunda idea política del *programa feijoniano* es el utilitarismo como norma y finalidad del estado. Estaba presente en las cortes de toda Europa, pero Feijoo la toma seguramente de su amigo Sarmiento, mucho más crítico contra la parálisis económica de España, y de los escritores *económicos*, como Uztáriz, cuyo libro elogió¹⁶. Enunciada así, la idea parece descargada de peligro, pero sus consecuencias eran entonces, para muchos —entre ellos, la mayoría de los eclesiásticos—, puro *materialismo*, efecto perverso de la *política* secularizada e impía. *Los pobres siempre los tendréis con vosotros*, dice el mensaje evangélico, sin embargo, había escritores que indagaban en las causas de la pobreza; por otra parte, la gran justificación de la caridad, lo que hacía frivolar a Voltaire —un escritor que Feijoo citaría como fuente—, que veía en la caridad la justificación de las riquezas del clero. Nada podía satisfacer más a Campomanes que los discursos feijonianos sobre el trabajo honrado, el fomento de la agricultura y la lucha contra la ociosidad, la discriminación entre pobres y ociosos, el empleo cabal de la limosna, la erección de hospicios, establecimientos «útiles», en fin, la estatalización de la caridad, su tránsito hacia la *beneficencia ilustrada*. Eran los temas que le ocupaban cuando escribió la *Noticia*, pues el mismo año publicaba el *Tratado de la regalía de amortización*, aunque ya se anunciaban en su primera obra, el *Bosquejo de política española* (1750). Por eso escribió en la *Noticia*, trayendo a su lado al propio Papa:

En los discursos de la honra y fomento de la agricultura, y de la ociosidad deserrada, emprendió el autor del *Teatro* dos asuntos muy ventajosos al público y dio en ellos a conocer su amor al buen orden político y a la prosperidad de la nación. En estos discursos incidentalmente apuntó la necesidad de moderar los días festivos en España; y con efecto hicieron las razones del *P. Feijoo* tanto efecto, que el gran Papa Benedicto XIV asintió a esta reformatión con gran utilidad del Estado; y el

¹⁵ Véase Jacques SOUBEYROUX, *Goya politique*, Paris, Sulliver, 2012 (Hay edición española, *Goya político*, Madrid, Dykinson, 2014). Hasta Bretón de los Herreros, que se presentaba a las elecciones como un gran liberal, no olvidaba recordar que era hidalgo. La presencia de la nobleza como «cuerpo vitalicio» en las cortes se siguió debatiendo incluso en el bienio progresista. No debemos extrañarnos de que en ese «primer XVIII» lo más que se pudo lograr fue desactivarla en la praxis política, que no fue poco. Un excelente análisis sobre el papel del «cuerpo de la nobleza» en la lucha política y sus clientelas *populares*, en Rafael OLAECHEA ALBISTUR, «Contribución al estudio del “motín contra Esquilache” (1766)», recitado en *Tiempos modernos*, 8 (2003), edición digital.

¹⁶ José SANTOS PUERTO, *Martín Sarmiento: Ilustración, educación y utopía en la España del siglo XVIII*, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2002, especialmente su excelente estudio historiográfico preliminar que titula «Apuntamientos, o borriones, de Ilustración».

mismo concepto formó de los discursos de nuestro sabio sobre la reformación de la música de los templos.

Sin embargo, «esta reformación con gran utilidad del Estado» acabó por superar los límites del sistema. Como se iba a experimentar conforme avanzara el siglo reformista, la política de hospicios y concentración de rentas de fundaciones pías, que está descrita por Feijoo admirablemente y que será asumida por la Corona, provocó la oposición de muchos prelados, conscientes de que era el comienzo de la intervención estatal en su monopolio, el de la caridad *bien entendida* que quedaría en manos del *Leviatán*¹⁷. Campomanes vio con claridad el riesgo al que se enfrentaba el Estado, la maquinaria ciega descrita por Hobbes —a quien Feijoo criticó expresamente—, pero el padre solo lo pudo intuir, sin ver todavía los peligros a que se exponía al apoyar la línea más dura de la política del despotismo contra los vagos:

averigüen quiénes son y dónde moran los mendigos válidos, o capaces de trabajar, que acuden a ella; hecho esto, lo avisen a la Justicia, la cual encarcelándolos luego al punto, en cumpliéndose un número suficiente, con público pregón hará constar a todos que hay tantos hombres y tantas mujeres ociosas para que los que necesitasen de su servicio, o ya en el cultivo de los campos, en los oficios domésticos, acudan para que se les entreguen, con pena de doscientos azotes o de galeras a los que desertasen. También se podrían sacar de estos todos los hábiles para la guerra, remitiéndolos a temporadas a esta o aquella guarnición, como se hace con los delincuentes que envían a galeras. (TC, VI, 1).

En el tomo VIII, en el discurso 13 y último, volvió de nuevo a las ideas sobre «La ociosidad desterrada y la milicia socorrida», que para él seguían siendo «vicios comunes a los pobres de uno y otro sexo», a los que «en las mujeres se agrega el de la lascivia»; pero añadió una consideración, en la mejor línea tomista, sobre la limosna:

¡Qué acción tan grata al Altísimo dar nutrimento al pobre y al mismo tiempo quitarle un grande incentivo para el vicio! Tal vez sucederá (y aún sucederá muchas veces) darse una limosna a tiempo que evite la condenación eterna de un alma, excusándole cometer un pecado por el cual Dios determinase precipitarla al abismo. (TC, VIII, 13).

No era una rectificación, pero al menos el padre se evitaba alguna reprimenda de sus más cercanos hermanos *tomistas*.

¹⁷ Véase Antonio ASTORGANO ABAJO, «El regalismo borbónico y la unificación de hospitales: la lucha de Meléndez Valdés en Ávila», en Eliseo Serrano (ed.), *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2004, vol. II, págs. 37-66.

La monarquía, al lado de las reformas

Como todos los que rozaron la política en el siglo, Feijoo comprendió el papel crucial de la monarquía, aunque tuvo que callar mucho sobre la vida cortesana a la que renunció. Resulta paradójico, pues el padre vivió bajo el reinado de tres reyes enfermizos y locos y, sin embargo, como veremos, la monarquía fue pieza angular en su ideario¹⁸. No había otra opción: como decía un pasquín a la caída de Ensenada: «los arcanos del rey no se indagan, se veneran». Nunca, por tanto, habrá en sus escritos una mínima crítica política coyuntural, por más que le llegaran pasquines, ejemplares de *El Duende*, rumores y toda clase de sátiras sobre la vida cortesana organizada en torno a un rey loco y una reina empeñada en gobernar, unos príncipes de Asturias relegados por la madrastra y un partido *español* —los grandes— suspirando por llevar al trono a la gran esperanza, Bárbara y Fernando, objetos de especial adulación¹⁹.

Su estancia en Madrid en 1726, cuando publicó el primer volumen del *Teatro crítico*, y un mes en 1728, fueron suficiente para entrever la fermentación constante en que vivía la corte, «las prisiones cortesanas, donde al más astuto salen canas», en frase de su amigo el jocoso padre Isla²⁰. Todavía lo recordaría en las *Cartas eruditas*, expresamente en la que titula «Ingrata habitación de la Corte» (CE, III, 25), donde lanza sus peores dicitos contra el mundo cortesano:

donde hierven las pretensiones, hierven ciertas especies de vicios con quienes tengo especial ojeriza: la hipocresía, la trampa, el embuste, la adulación, la alevosía, la perfidia. Aborrezco la hipocresía [...] las Cortes son los teatros donde la fortuna principalmente reparte sus favores o aflige con sus desdenes.

Feijoo vivió en la corte un tiempo de grandes alborotos. Felipe V había vuelto al trono, o más bien, Isabel Farnesio le había obligado, llegando incluso a mezclar al papa. Era la primera gran estrategia farnesiana, pues la *casamentera de Europa* tuvo que empeñarse para hacer volver a Felipe V al trono en agosto de

¹⁸ No es el caso de insistir en el trastorno mental de Felipe V, su priapismo —que hacía reír a sus hijos—, sus escrúpulos religiosos y su estado de vigilia nocturna. Era esto último tan serio que, en noviembre de 1731, motivó una consulta del marqués de la Paz al capellán real Francisco Salgado sobre si podía el rey comulgar pasada la una de la madrugada. Por supuesto, la contestación fue favorable. AHN, Estado, 3028-1. Incluso en su vejez, el rey seguía igual. El marqués de Villarias firmaba sus cartas con la fecha, pero además ponía la hora: la una de la madrugada, o las cuatro, eran horas habituales. Véase, por ejemplo, algunas de sus cartas con el obispo de Rennes, AHN, Estado, 3028-1.

¹⁹ Teófanos EGIDO, *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII (1713-1759)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002; GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI*; JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ, «El padre es el rey. Las intrigas en el 'cuarto del príncipe' en el siglo XVIII», en Gilles del Vecchio y Raffaèle Dumont (dirs.), *Le père comme figure d'autorité dans le monde hispanique*, Saint-Étienne, Université de Saint-Étienne, 2014, págs. 203-224.

²⁰ JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ, «El padre Isla y la política en el reinado de Fernando VI», en José Enrique Martínez Fernández y Natalia Álvarez Méndez (coords.), *El mundo del padre Isla*, León, Universidad de León, 2005, págs. 167-189.

1724, ya que en otro caso hubiera sido proclamado Fernando, el hijo de *la saboyana*. Hasta hubo que cesar al padre jesuita Bermúdez, el primer español confesor regio, que intentaba convencer a Felipe V de que no podía volver a ceñir la corona, pues rompería su juramento. La Farnesio pidió al nuncio Aldobrandini que convenciera a Felipe V y también hizo nombrar para ello a un nuevo confesor, el padre Clarke, al servicio entonces de los embajadores del Imperio en Madrid, lo que de paso podía contribuir a asegurar el matrimonio de su adorado hijo Carlet, que ya tenía concertado con una princesa austriaca (la que luego llegaría a emperatriz, María Teresa). No tenía mal olfato la parmeseña —que no picó tan alto cuando concertó el matrimonio de su hijastro Fernando con una portuguesa—, pero tampoco lo tenía Feijoo, al que le tocó vivir los fastos de la paz de Viena, el escandaloso final de Ripperdá y el ascenso de Orendain y *los vizcaínos*, Juan de Goyeneche, Uztáriz, etc. No es nada extraño que este primer periodo político culmine con la dedicatoria del tomo cuarto del *Teatro* al infante Carlos, el gran triunfador de la negociación con Inglaterra en el congreso de Sevilla de 1729, del que salía hecho duque de Toscana y Parma gracias a los ingleses...y a su madre, *la parmeseña*. Con todo, como veremos, Feijoo buscó otros argumentos para justificar la dedicatoria.

El otro partido, la oposición a través de un recaudista de los grandes

Es preceptivo que un partido político necesita una oposición. Como ha resaltado Teófanos Egido, ésta apenas pudo organizarse de manera eficaz, pero dejó rastro en todos los ámbitos, entre ellos, la sátira política, y también contó con personajes de primera línea, como por ejemplo el inclasificable Diego de Torres Villarroel²¹. Éste personaje, del que resaltaremos por ahora que era lo contrario de Feijoo, también había visto en el infante Carlos al astro emergente. Fue en El Escorial, donde estuvo invitado para celebrar el 25 de octubre de 1726 el aniversario de Isabel Farnesio, en la fiesta ofrecida por el infante Carlos. Éste imprimió en su imprenta, a los 9 años, el almanaque de Torres del año siguiente, el año en que también le iba a dedicar la primera parte de las *Visiones y visitas*... Por supuesto, el almanaque iba dedicado a Felipe V.

Comenzaba así Torres una vida apegada a los poderosos que le llevaría a ser un recaudista de los grandes, en especial de la casa de Alba, pero también a frecuentar a los ministros, incluso a Ensenada, aunque su inclinación fuera siempre hacia el lado de Carvajal, como veremos. En el trozo quinto de su *Vida* Torres confesó que cobraba en aquel entonces dos mil ducados de renta

²¹ Jacques SOUBEYROUX, «Torres Villarroel entre Salamanca y Madrid: acerca de las relaciones de don Diego de Torres con la corte», en José Luis Gómez Urdáñez y José Miguel Delgado Barrado (eds.), *Ministros de Fernando VI*. Véase también Guy MERCADIER, *Diego de Torres Villarroel, masques et miroirs*, Lille, Université de Lille, 1981, pág. 179 y ss.

«en cinco posesiones felizmente seguras», que debía la primera a la duquesa de Alba, la segunda a su hijo, el duque de Huéscar, la tercera al cardenal de Molina, la cuarta al conde Miranda y la quinta al marqués de Coquilla²².

Quizás Feijoo, que estaba en Madrid cuando Torres se jactaba de entrar en los mejores palacios, se hizo eco luego de las famosas tonterías del catedrático, del que dijo el padre Isla que era «un bello lienzo bien imprimado que no tiene entera pintura, sino tal cual chafarrinón de todas tintas»²³. En una de las suyas, el que había sido hasta torero había alborotado Madrid al propalar que los duendes daban golpes en los pisos superiores por las noches, cuando estaba en 1723 hospedado en la casa de la condesa de Arcos. A Feijoo, estas habladurías le produjeron risa y saltó con su discurso sobre los duendes y los ruidos, «que pudo hacer [...] el viento, o un gato, o un ratón, o un doméstico que quiso hacerle aquella burla, para tener después de que reírse», para concluir que: «las narraciones de espíritus familiares sólo se hallan en el vulgo, o en algún autor nimiamente crédulo y fácil, que andaba recogiendo cuentos de viejas para llenar un libro de prodigios» (TC, III, 4).

Como es sabido, Torres fue uno de los críticos expresos de Feijoo²⁴. Catedrático de Matemáticas —la ciencia forastera, según Feijoo— y anti-newtoniano, acabó desenmascarándose en el asunto de la censura de las *Observaciones astronómicas*, de Jorge Juan. Torres quiso nada menos que añadir a la obra del sabio alicantino —uno de los mejores amigos de Ensenada— unas «Prevencciones que le parecen precisas a don Diego de Torres Villarroel antes de entrar a la narración de las observaciones con que se intenta persuadir que es elipsoide la figura de la tierra y dificultades que se le ofrecen para no consentir en negarle su demostrada redondez»²⁵. Como ha apreciado Jacques Soubeyroux, esta respuesta revelaba «el espantoso retraso» de Torres. Burriel, que había mediado con Mayans ante el inquisidor Pérez Prado para evitar el escándalo, le decía al maestro de Oliva que lo que había escrito Torres era «un papel el más necio que vi en mi vida»²⁶. Jorge Juan, muy enfadado, llegó a pensar en publicar el libro fuera de España antes de someterse al *diktat* de la ignorancia²⁷.

²² SOUBEYROUX, «Torres Villarroel entre Salamanca y Madrid», pág. 210.

²³ *Colección de papeles crítico-apologéticos que en su juventud escribió el P. Joseph Francisco de Isla, de la Compañía de Jesús, contra el Dr. D. Pedro de Auzenza y el bachiller Don Diego de Torres, en defensa del R. P. Benito Jerónimo Feijoo y del Dr. D. Manuel Martínez*, Madrid, Antonio de Espinosa, 1788, pág. 86.

²⁴ Jesús María GALECH AMILLANO, *Astrología y medicina para todos los públicos: las polémicas entre Benito Feijoo, Diego de Torres y Martín Martínez y la popularización de la ciencia en la España de principios de siglo*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010.

²⁵ José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «Jorge Juan, político», en Armando Alberola Romá, Cayetano Mas Galvañ y Rosario Die Maculet (eds.), *Jorge Juan Santacilia en la España de la Ilustración*, Alicante, Universitat d'Alacant, 2015, págs. 251-277.

²⁶ Carta de Andrés Marcos Burriel a Gregorio Mayans, 22 de abril de 1747, en Gregorio MAYANS, *Epistolario*, Antonio Mestre (ed.), Oliva, Ayuntamiento de Oliva, 1972, vol. II, págs. 324-328.

²⁷ SOUBEYROUX, Jacques, «Torres Villarroel entre Salamanca y Madrid», pág. 203 y ss. A esas alturas, hasta un comisario de Artillería proponía a Ensenada desde Londres, en abril de 1752, traer matemá-

En adelante, veremos la deriva de Torres y su papel en el partido de la oposición. Como oía a los grandes atizar todos los fuegos contra los «hidalgillos medrados», tendremos en Torres —figura política que necesita un estudio meditado— un buen contrapunto al Padre Maestro para guiarnos en los vericuetos de los intelectuales y la política.

Proteger y protegerse

Los peligros del *siglo político* obligaban a tener valedores, también si se trabajaba con una pluma en la mano. Todos los ministros plebeyos, en un momento de su carrera, tuvieron que salvar graves obstáculos; algunos fueron víctimas tempranas, como Macanaz, generalmente por sobrepasar los límites impuestos por el Régimen que todos conocían. De Macanaz a Ensenada, la nómina de «caídos» es extensa (no hay que advertir que caían los plebeyos, nunca los grandes). A los que vivieron de la pluma les pasó algo parecido. Incluso Feijoo fue denunciado ante la Inquisición, como la mayoría de los *críticos*, esos críticos que le causaban gracia pues España se había llenado de ellos.

Cincuenta años va, y aún menos, que ni aun en las más cultas asambleas se oían las voces de crítica, sistema, fenómeno, y hoy están atestados los pueblos de críticos, sistemáticos y fenoménicos [...] desdichada la madre que no tiene algún hijo crítico (CE, II, 18).

Así que nuestro Feijoo tuvo que aguzar el ingenio y pensar cada vez más políticamente en la medida en que aumentaban sus enemigos o él se adentraba más en terrenos delicados. Las primeras dedicatorias y aprobaciones son muy neutrales: son las del fraile y universitario que cumple con sus obligaciones y, por ello, dedica el primer tomo del *Teatro Crítico* a su general, José Barnuevo, y es censurado por su maestro, Antonio Sarmiento de Sotomayor²⁸, y aprobado por un franciscano, Domingo de Losada, y censurado también por un jesuita, Juan de Campo-Verde, que es el más influyente, pues es profesor del Colegio

ticos que explicaran «la filosofía de Newton, que produce tan útiles efectos para la invención» (AHN, Estado, 3028-1. «Proyecto proponiendo medios para el adelantamiento de la Nación en varios artículos, de d. Dámaso de Latre. Al Excmo. Sr. dn Ricardo Wall, para hacer presente al Excmo. Sr. marqués de la Ensenada»). Véase Armando ALBEROLA ROMÁ y Rosario DIE MACULET (eds.), *Breve noticia del Excelentísimo Señor don Jorge Juan y Santacilia, por Miguel Sanz*, Alicante, Universidad de Alicante, 2013 y lo más reciente: Armando ALBEROLA ROMÁ, Cayetano MAS GALVAÑ y Rosario DIE MACULET (eds.), *Jorge Juan Santacilia en la España de la Ilustración*.

²⁸ Como ha reparado Mestre, los dos, Barnuevo y Sarmiento de Sotomayor, llegarían a obispos (Osma, 1730; Jaca, 1727), lo que quiere decir que estaban bien situados en la corte, gozando sin duda del favor del confesor regio —que es el que inicia el proceso de presentación— y de Isabel Farnesio (MESTRE, *Apología y crítica...*, pág. 179).

Imperial y tiene relación con los antiguos confesores jesuitas del rey, Daubenton y Bermúdez, y con el nuevo, Clarke, la opción de Isabel Farnesio. Sin duda, Campo-Verde está bien informado de la caída de Bermúdez y de la nueva política que se llevaba en la corte después de la paz con Viena, pues tenía línea directa con su embajada. La carta de Luis de Salazar y Castro que acompaña al primer tomo sigue en el tono del intelectual, pues se trata del Cronista General de España e Indias, relacionado con la Biblioteca Real, escritor de genealogías en decenas de obras, perfecto conocedor de la nobleza. Él era un simple hidalgo de procedencia burgalesa (dejó la colección Salazar y Castro de la BNE).

Los dos tomos siguientes, de 1728 y 1729, están en la misma línea. Frailes, universitarios, colegiales; incluso cuatro monjes de San Vicente, de Oviedo, que «gozan de su apreciable compañía». Ya han comenzado las críticas contra Feijoo, pero parece poder defenderse con sus propias fuerzas y los muchos amigos. Algunos detractores como Torres Villarroel dispararon contra él sin importar el tema: «aquel reverendo, mortal o crítico, que todo es uno», le llamaba el catedrático en su polémica con Martín Martínez, gran amigo de Feijoo, al que reprochaba «las más vertidas cóleras de su ignorancia»²⁹. Pero no todas las críticas venían del entorno erudito. Una se había producido muy arriba y el propio Feijoo la escuchó en persona: era la que el infante Carlos lanzó contra el papel que Feijoo reservó a España en el discurso 15 del tomo II del *Teatro crítico*.

Feijoo había acertado al proclamar el *amor a la Patria* en el discurso 10 del tomo III, pues era evidente que se trataba de una loa a la nueva monarquía. El discurso ratificaba que había *tomado partido*; pero no era suficiente para desaguiar al infante Carlos, que se había enojado al ver esa «Tabla del cotejo de las naciones, compuesta por un religioso alemán y estampada en mi segundo tomo». La *tabla* le había producido al jovencito Carlos —tenía 12 años— tal indignación que la juzgó digna de las llamas: «yo mismo oí a Vuestra Alteza la sentencia», escribe Feijoo en la dedicatoria del tomo IV, tras reconocer que

lisonjeó altamente mi vanidad, pues la indignación contra aquellos borrones suponía la dignación de pasar los ojos por mis escritos, me ocasionó el singularísimo gozo de ver tan amada de V. A. la nación española que juzgase digna de las llamas (yo mismo oí a V.A. la sentencia) aquella hoja donde estaban impresos sus agravios; pero esto mismo me constituyó en el empeño de desenojar a V. A. y desaguiar la nación.

Así pues, la célebre dedicatoria al infante Carlos —«tributo forzoso»— en ningún caso puede tomarse como una disculpa para buscar el favor material del

²⁹ URZAINQUI, «Estudio introductorio», pág. 24. Ver también SOUBEYROUX, «Torres Villarroel entre Salamanca y Madrid», pág. 214, y GALECH AMILLANO, *Astrología y medicina para todos los públicos: las polémicas entre Benito Feijoo, Diego de Torres y Martín Martínez*, pág. 224 y ss.

personaje encumbrado, como sí hacía Diego de Torres; se trata por el contrario de un desagravio cargado de intención política, pues Feijoo sabía que seguramente el infante no lo iba a leer —menos aún Felipe V—, pero sí lo haría la culta y refinada *política* Isabel Farnesio³⁰. El escritor no tenía más remedio que «desenjar a Vuestra Alteza y desagraviar la Nación», una rectificación en toda regla a la que dedicará los dos últimos discursos del tomo, nada menos que las «Glorias de España», que de consuno con su amigo Sarmiento tenían el propósito de asentar los fundamentos de una *monarquía de origen histórico*³¹.

Sin embargo, Feijoo no se libró nunca de su célebre anglofilia y su no menos conocida aversión por los franceses, lo que le siguió acarreado disgustos. En el mismo discurso del tomo II había escrito:

Pero si entre las naciones de Europa hubiese yo de dar preferencia a alguna en la sutileza, me arrimaría al dictamen de Heidegero, autor alemán que concede a los ingleses esta ventaja. Ciertamente la Gran Bretaña, desde que se introdujo en ella el cultivo de las letras, ha producido una gran copia de autores de primera nota (TC, II, 15).

Decir eso en 1728, cuando hacía un año había comenzado la guerra contra Inglaterra, era cuando menos inoportuno. El congreso de Soissons se estancaba, pues Felipe V, en medio de un fuerte episodio de locura, se negaba a aceptar el artículo 10 del tratado de Utrech, el que ratificaba la pérdida de Gibraltar, que estaba siendo atacado por primera vez desde la paz. Todo elogio del *enemigo* tenía que producir reticencias y tampoco Feijoo se había mostrado muy acertado al intentar racionalizar las causas de la «antipatía entre franceses y españoles», a lo que dedicó el discurso 9 de ese mismo tomo II. Por más que se esforzó, ni el argumento de que habían sido las guerras lo que había separado a las dos naciones, ni el poco afortunado «paralelo entre turcos y persas» —franceses y españoles, ¡asiáticos!—, podían arreglar lo que para muchos era un grave error político, cuando no un desvarío. España podía ser una monarquía de *origen histórico*, española desde Túbal, pero la dinastía Borbón estaba por encima de todo. Afortunadamente, los ingleses firmaron el tratado de Sevilla el 9 de noviembre de 1729, en que a cambio de quedarse con Gibraltar reconocerían a Carlos como duque de Parma y de Toscana, lo que Feijoo podía aprovechar para, justo un año después, escribir la dedicatoria y el desagravio al príncipe triunfador, celebrando así el primer éxito rotundo farnesiano. El padre pudo haber aprendido la lección y moderar su anglofilia y su francofobia, pero como veremos, volverá

³⁰ Sobre la formación cultural y las dotes intelectuales de Isabel, véase María Ángeles PÉREZ SAMPER, *Isabel de Farnesio*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.

³¹ Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Monarquía y 'nación española' en el *Sistema de adornos del Palacio Real de Madrid*, de Martín Sarmiento», en Antonio Mestre y Pablo Fernández Albadalejo (eds.), *Fénix de España: Modernidad y cultura propia en la España del Siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2006, págs. 209-210.

a provocar otro embrollo cuando, en 1750, ponga por delante las virtudes de Pedro I el Grande y rebaje el mérito de Luis XIV.

En definitiva, la historia de España no iba por ahí, como demostraba la necesidad del pacto permanente con Francia que compartieron todos los ministros —con la sola excepción del entorno carvajalista— y los apoyos que logró para sus planes Isabel Farnesio, que llegó a enorgullecerse de pertenecer a «la gran familia Borbón» cuando vio en Nápoles a Carlos y en Parma a Felipe, casado este además con una *fille de Francia*, «la refrancesa», como la llamaba con desprecio Carvajal.

Muchos enemigos..., un amigo, Sarmiento, y un brazo protector, *los vizcaínos*

Entre su última estancia en Madrid y la dedicatoria a Carlos, Feijoo «hace patente la inserción explícita y programática de su labor en el contexto reformista de la corte», como señaló G. Stiffoni³². A pesar de que se aleje de los brillos cortesanos y de que renuncie a cualquier proposición, su influencia en los que pueden abrir camino a las reformas es cada vez más notoria; precisamente por eso, la nómina de enemigos crece sin cesar. Sebastián Conde, en la aprobación del tomo IV, se lo toma a broma: «Contra sus primeros tomos se escribió muchísimo; ¿pero con qué provecho? Con el de haber vendido tantos que ha sido preciso reimprimirlos».

Pero el propio Feijoo ha de salir en su defensa en el prólogo del tomo siguiente, de 1733, y envía a sus detractores al padre Sarmiento, su gran amigo, mucho más que una autoridad intelectual, en realidad, el gran intermediario *político*, capaz de proponer a Feijoo como modelo al marqués de la Ensenada, o al duque de Medina Sidonia; al padre Rávago, o al marqués de Valdeflores; o en fin, al mismísimo Carvajal, en el que vieron al gran intelectual, universitario y erasmista.

El maestro Sarmiento está en la Corte y rarísima vez sale de su monasterio de San Martín, con que si tú también estás en la Corte cuando quieras le hallarás. Apunta, pues, todas las citas y especies, de cuya verdad o falsedad quisieses asegurarte y acude con ese apuntamiento al maestro Sarmiento. Él te abrirá al punto los autores y te hará patente que no hay cita ni noticia suya, ni mía, que no sea verdadera (TC, V).

Pero había otro sabio en ese tomo V y no era precisamente un hombre contemplativo como Sarmiento o los benedictinos que rodeaban a Feijoo (o como Mayans, que era nombrado bibliotecario el año en que se publicó ese tomo). Se trata de Juan de Goyeneche, un hombre de vasta cultura, con el que el padre mantuvo correspondencia desde que le conoció en Madrid. Goyeneche no era

³² Véase STIFFONI, «Introducción».

solo el gran emprendedor, tesorero de las reinas, editor de la *Gaceta de Madrid*, el que había «felizmente logrado proyecto de conducir de las intratables asperezas de los Pirineos, y aun del centro de esas mismas asperezas, árboles para las mayores Naves, la fundación de un lugar hermoso y populoso en terreno que parecía rebelde a todo cultivo (Nuevo Baztán)»; era también uno de los más descollantes miembros del *partido de los vizcaínos*³³, un formidable grupo de presión —gentes del norte, en realidad, hombres de Isabel Farnesio—, que se mantendrá en el poder hasta la caída del *encartado* Sebastián de la Cuadra, marqués de Villarias, cuando al llegar Fernando VI al trono hubo de seguir el camino de la desterrada Isabel Farnesio.

No creo que estaba fuera de este sentir nuestro monarca Felipe V cuando dijo a su confesor que si tuviese dos vasallos como Goyeneche pondría muy brevemente a España en estado de no depender de los extranjeros para cosa alguna, antes reduciría a estos a depender de España para muchas (TC, V).

Los Goyeneche eran una saga, bajo cuya protección Feijoo podía continuar su labor *política*; además, eran amigos de otro personaje de primera línea al que Feijoo admiraba: Jerónimo de Uztáriz, secretario del rey, también baztanés, autor de *Teoría y práctica del comercio y la marina*, «excelente libro», según Feijoo (TC, III, 5, 24), publicado en 1724 y reeditado, por «encargo real», en 1742, cuando, como dice Stiffoni, las reformas económicas formaban parte ya, a la muerte de Patiño, de las señas de identidad de los reformadores triunfantes, el malogrado Campillo y el marqués de la Ensenada³⁴.

³³ «Es inaguantable la bobería del común de los castellanos y demás españoles cuando en lo hablado y en lo escrito entienden a todos los vascongados con el nombre de vizcaínos...», Manuel de LARRAMENDI, *Corografía de la provincia de Guipúzcoa*, Barcelona, Imprenta de la Viuda e Hijos de J. Subirana, 1882, pág. 15. Hasta Ensenada fue admitido por Cuadra y Arízaga como vizcaíno, como lo era su mano derecha Ordeñana, natural de Bilbao. Quizás de este contacto con gente que hablaba euskera proviene una idea que está en Feijoo (y la veremos también en Jovellanos cuando elogió el mallorquín): «Primero [dice Feijoo] se quita a un reino la libertad que el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones» (TC, I, 15). Véase Ángel ZULOAGA CITORES, *Sebastián de la Cuadra, Primer Marqués de Villarias (1687-1766). Secretario de Estado en el reinado de Felipe V*, Santander, Petronor / Ayuntamiento de Muskiz, 1999; José María IMÍZCOZ y Rafael GUERRERO, «Negocios y clientelismo político. Los empresarios norteños en la economía de la monarquía borbónica» en Joaquín Ocampo Suárez-Valdés (ed.), *Empresas y empresarios en el norte de España (siglo XVIII)*, Gijón, Ediciones Trea, 2012, págs. 331-362; Rafael GUERRERO, «Las cábalas de los “vizcaínos”. Vínculos, afinidades y lealtades en las configuraciones políticas de la primera mitad del siglo XVIII: La red del marqués de la Paz», en Enrique Soria Mesa y Raúl Molina Recio (eds.), *Las élites en la época Moderna: La Monarquía Española*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009, pp. 247-258, t. II.

³⁴ STIFFONI, «Introducción biográfica y crítica», págs. 67-71; URZAINQUI, «Estudio introductorio», pág. 35. Sobre la saga de navarros, José María IMÍZCOZ BEUNZA (ed.), *Casa, familia y sociedad (País Vasco, España y América, siglos XV-XIX)*, Bilbao, UPV/ EHU, 2004; VV. AA., *Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la monarquía hispánica del siglo XVIII*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2005. Por supuesto, recordamos a Julio CARO BAROJA, *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969.

La aprobación de ese quinto tomo por el hermano de Juan de Goyeneche, Antonio, jesuita y profesor en el Colegio Imperial, hacía explícito el apoyo y no ocultaba

que en esta guerra, que es pacífica por serlo de entendimientos, más crédito se gana con la moderación, que con el ardimiento. Ordinariamente en semejantes lides aun los vencedores salen vencidos, porque pelean más con las armas del odio que del amor.

Un año después, el padre publicaba el VI, en medio de la ofensiva contra Patiño, el *valet* de la Farnesio, «la bribona» en los pasquines. Todos sabían que la embajada francesa estaba detrás de los pasquines aduladores del príncipe Fernando y que los grandes volvieron a hacerse ilusiones cuando murió Patiño y aumentaron sus dicerios contra sus sucesores, otros dos plebeyos *vizcaínos*, Cuadra y Campillo; pero de nuevo sin consecuencias. El cardenal Gaspar de Molina, gobernador del Consejo de Castilla, a quien Feijoo dedicará el tomo VIII, dijo ante la lluvia de pasquines, en 1738: «Con el motivo de la última mayor edad que cumplía por septiembre (Fernando), van entreteniéndose algunos sus vanas esperanzas con suponer que hasta entonces y no más adelante llegará el gobierno que veneramos»³⁵.

Feijoo volvió a la carga dos meses antes de morir Patiño y dio a la imprenta el volumen VII, que dedicó a otro Goyeneche, el hijo de «un gran padre» que hizo «lo mismo sobre este punto importantísimo» que no es otro que «enriquecer la monarquía [...] con la pluma». Pero no era la pluma al servicio de la erudición como venía siendo usual; todo lo contrario, se trataba de uno de los cultivadores de la nueva ciencia política, la economía, que hará eclosión cuatro años después con el libro de Bernardo de Ulloa, *Restablecimiento de las fábricas...* (y dos después, con la reedición del de Uztáriz), a los que Goyeneche se había anticipado con la publicación de *Comercio de Holanda*:

La traducción del libro intitulado *Comercio de Holanda* y las bellas reflexiones con que, para aprovecharse del libro, previno V.S. al lector es una obra que, en orden a la utilidad pública, puede emular todas las de su gran padre. La instrucción que con este libro dio V.S. a España para el comercio vino a ser una aurora boreal de otra especie, pues en él recibió nuestra Península las primicias de luz que necesitaba, traídas del Norte por mano de V.S.

Feijoo volvía a ponerse al lado de los aborrecidos *vizcaínos*—«una tropa de salvajes; / los que más han sido pajes»³⁶—, que en unos meses iban a poner en la secretaría de Estado a Sebastián de la Cuadra, marqués de Villarias, uno más

³⁵ GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI*, págs. 38 y ss.

³⁶ «Con esquiveces y ultrajes / domina y devora España / una tropa de salvajes; / los que más han sido pajes / y hoy son todo vanidad», *El Duende*, 12 de enero de 1736, en *El Duende crítico de Madrid, obra histórica política*, Madrid, 1844, pág. 18.

de los que habían aprendido a la sombra de Patiño, como Campillo y Ensenada, éste último admitido en la esfera de los vizcaínos por sus orígenes vascongados, un Somodevilla y Bengoechea, de hidalguía vascongada admitida a sus abuelos en un pueblecito riojano³⁷. Con Cuadra y Campillo en el poder, Feijoo pudo continuar su actividad, pero cambió el formato del *Teatro* seguramente para presentar una mayor diversificación temática en las *Cartas eruditas*. Es como si reconociera sin decirlo que las luces en España ya habían dado frutos gracias a especialistas y él pudiera dedicarse a seguir tratando de todo lo que le interesara, como siempre, pero sin someterse a la exhaustividad, incluso sin llegar a la profundidad de sus discursos. Y por qué no aceptarlo: para conseguir «nuevos matices y efectos de humor jovial e irónico»³⁸.

Feijoo podía ver resultados en la acción del gobierno, especialmente con Campillo en Hacienda, el autor de *Lo que hay de más y de menos en España para que sea lo que debe ser y no lo que es*, la obra política más crítica de la primera mitad del siglo. Si Feijoo quería *críticos* aquí tenía al más aventajado, tanto que se atrevía a proponer: «Hay de menos, fábricas; hay de más, frailes; hay de menos, gobierno». El ministro coincidía con Feijoo en todo, siempre presente el utilitarismo: había menos hospicios y más hurtos; menos maestros y más mujeres públicas, menos obras públicas y más ociosos; etc.³⁹.

Pero murió Campillo, al año siguiente de salir el primer tomo de las *Cartas eruditas*. Y la corte quedó consternada. La Farnesio, bien asesorada por las damas, según dicen los franceses, eligió a Ensenada, al que hubo que traer de Chamberí, donde servía al *almirante* Felipe como secretario del Almirantazgo, el cargo creado para lucir al *novio*; pero en realidad, buscó al hombre que había contribuido al éxito de sus hijos, Felipe y Carlos, y que además conocía el sistema de Patiño y Campillo, a cuya sombra había crecido; además, era de la cuerda de Cuadra. La camarera, marquesa de Torrecuso, parece que fue la encargada de comunicarlo al rey, o al menos eso se dijo en el partido de la oposición con el fin de frivolizar aún más el ascenso del marqués de la *En sí nada*, un Adán, al revés: Nada.

³⁷ Reconocida en Alesanco, pero no en Hervías donde nació. Por eso hicieron un segundo bautismo en la parroquia de Alesanco, pues la hidalguía se transmitía en la pila de bautismo; eran un «derecho pilongo». Con todo, la familia era muy pobre, como muchos hidalgos riojanos de esa zona. GÓMEZ URDÁÑEZ, *El proyecto reformista de Ensenada*, pág. 59 y ss.

³⁸ Yvy L. McCLELLAND, «Estudio preliminar» en Benito Jerónimo FEIJOO, *Obras* Madrid, Taurus, 1985, pág. 25. Como dice Francisco Sánchez-Blanco, pretendió también «acortar distancias y asociar a los lectores con sus planteamientos y tarea crítica»; eligió así un formato muy usual en el siglo ilustrado. Francisco SÁNCHEZ-BLANCO, «La filosofía de Feijoo», en Inmaculada Urzainqui (ed.), *Feijoo hoy. Semana Marañón 2000*, Madrid / Oviedo, Fundación Gregorio Marañón / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003. Ambas citas en URZAINQUI, «Estudio introductorio», pág. 63.

³⁹ José del CAMPILLO, *Lo que hay de más y de menos en España*, Antonio Elorza (ed.), Madrid, Seminario de Historia Social y Económica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, 1969. Véase también José Antonio ESCUDERO, *El origen del Consejo de Ministros en España*, Madrid, Editorial Complutense, 2001, págs. 114 y ss.

Pero Ensenada solo fue un hábil cortesano hasta la proclamación de Fernando VI. Antes, Feijoo había vuelto a mirar a la corte, al dedicar el tomo II de las *Cartas eruditas*, en 1745, a Francisco María Pico, duque de la Mirándola, mayordomo del viejo rey Felipe V. Luego, esperó cinco años hasta publicar el siguiente tomo, el que tanto revuelo iba a provocar, pues, por primera vez, el padre tomaba partido entre dos orientaciones políticas, cada vez más separadas hasta el punto de que, en un par de años, irrumpirán con toda su crudeza provocando el enfrentamiento de los grandes y Ensenada. 1750 representa la línea divisoria entre dos formas de hacer política, aunque sea el 20 de julio de 1754, al vencer la conspiración contra Ensenada, cuando se muestren con claridad.

Feijoo y Sarmiento toman partido

No pudieron contra Patiño, pero sí contra el hidalguillo riojano. La llegada al poder de José de Carvajal y Lancáster, noble por los cuatro costados, relacionado con la casa de Alba, hermano de un general y de un obispo, despertó los sueños de los grandes, que por primera vez se veían en el gobierno. Además, el duque de Huéscar *hacia figura*, primero como embajador en París, luego como mayordomo del rey. Mientras, Ensenada iba desarrollando sus planes, cada vez más expuestos: la reforma de las casas reales, la reducción del ejército de tierra, el catastro, el concordato, el real Giro, los arsenales: en todos había algo que molestaba a la nobleza. Y desde luego, a Carvajal, cada vez más distanciado de Ensenada, tanto que el terco don José le confesaba a Huéscar: «te aseguro que me desespero lo que hace»⁴⁰.

No es este el lugar para tratar del proyecto ensenadista y su potencial reformista, pero sí hemos de tenerlo en cuenta, pues es imprescindible para entender el problema que tuvo Feijoo con su tomo III de las *Cartas eruditas*, el que dedicó a Fernando VI y en el que publicó unas líneas de agradecimiento a Carvajal por «haberme obtenido de la piedad del Rey nuestro Señor la permisión de dedicarle este libro». Los paratextos eran la culminación de la operación que se atribuyó Carvajal por haber favorecido el nombramiento de consejero de Feijoo y el decreto regio que impedía que se le criticara por «gozar del real agrado». Así se ponía fin a la disputa que encabezaba el padre Soto Marne y que podía incluso haber acabado en un proceso inquisitorial. Sin embargo, como confirman los estudiosos, no fue Carvajal el que motivó la protección del rey, sino el gran intermediario político de Feijoo, Sarmiento, capaz de llegar al rey a través de «las amistosas relaciones con el duque de Medina-Sidonia y su

⁴⁰ 22 de julio de 1748. Citado en Didier OZANAM, *La diplomacia de Fernando VI: correspondencia reservada entre D. José de Carvajal y el duque de Huéscar (1746-1749)*, Madrid, CSIC, 1975, pág. 357.

esposa, muy vinculados a la familia real y al marqués de la Ensenada [...] y el padre Rávago»⁴¹.

En realidad, la gratitud a Carvajal, que no es efusiva ni exagerada contra lo habitual en Feijoo, significa que el Padre Maestro conocía los dos partidos que se empezaban a formar en torno a Ensenada y Carvajal, con Huéscar por medio, aunque todavía las divergencias entre los dos ministros no se habían manifestado más que en el carácter, las formas, y todavía muy poco en los proyectos políticos⁴². Es precisamente a partir de este año, 1750, cuando comenzarán a hacerse más notorias, pues ese es el año de los tres tratados *carvajalistas*: el que suscribió con Inglaterra, el que acabaría dando lugar al de Aranjuez y el de Límites con Portugal. Ninguno de los tres satisfizo las orientaciones políticas de Ensenada, mucho menos idealista que el intelectual Carvajal. El hispano-inglés, porque Ensenada no se fío nunca de Inglaterra, así que lo consideró papel mojado; el de Italia, porque sabía que a Carlos de Nápoles y a Felipe de Parma no les iba a gustar nada; y el de Límites, porque podría provocar tensiones innecesarias entre las dos cortes, España y Portugal, como así acabó por ocurrir, y además, con efectos muy negativos para él. Precisamente, el tratado más importante del reinado, el Concordato con la Santa Sede, no lo negoció Carvajal, al que le correspondía como ministro de Estado, sino Ensenada, ocultándoselo, «en secreto y sin hacer ruido», poniendo en práctica todas sus *maquiaveladas* y sobornando al mismísimo nepote del papa⁴³.

Ensenada, que no era un hombre de ideas —no tenía en su biblioteca el *Teatro Crítico*, aunque sí la edición de las *Cartas eruditas* anterior a 1754 (sin duda, regaladas)—, sino de acción —«me he criado en la Marina», reconoció—, era el «secretario de todo», como le llamó su amigo el padre Isla, pero dejó hacer al círculo de Carvajal, en el que se encontraba también otro intelectual, el padre Sarmiento. Eran idealistas, no como él, que llegó a decir: «busco dinero y fuerzas de mar y tierra y no teologías»⁴⁴. Era lo opuesto a Carvajal y, seguramente, su política despótica inspiraba temor a frailes como Sarmiento y Feijoo. Mejor acercarse al «genio vinagre», el «Tío No hay tal» —le llamaban así por su manera tajante de negar—, erasmista, universitario, de aquilatada nobleza, al que «desesperaban las maquiaveladas» de Ensenada.

Sin embargo, en la dedicatoria a Fernando VI, todas las grandes obras que citaba Feijoo, «la gran maravilla del Reinado de V.M.», eran las que estaba llevando a cabo Ensenada, quizás con la sola excepción de «promover más y más

⁴¹ URZAINQUI, «Estudio introductorio», pág. 51; SANTOS PUERTO, *Martín Sarmiento*, pág. 179.

⁴² Véase GÓMEZ URDÁNEZ, «Carvajal y Ensenada, un binomio político».

⁴³ Rafael OLAECHEA ALBISTUR, *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del XVII. La Agencia de Preces*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1965; Rafael OLAECHEA ALBISTUR, «Política eclesiástica de Fernando VI», *La época de Fernando VI*. Oviedo, Cátedra Feijoo, 1981, págs. 139-226.

⁴⁴ «Para mi es indiferente que corra o no corra la prohibición de las obras de Noris, pues busco dinero y fuerzas de mar y tierra y no teologías» (AHN, Estado, leg. 2850. Ensenada a Valenti, 6 de octubre y s.f., pero de 2 de junio, de 1750). Quizás este último párrafo es el mejor autorretrato de Ensenada.

cada día las fábricas», asunto del que se ocupaba Carvajal, aunque siempre con Ensenada encima, pues las reales fábricas de Carvajal iban a la ruina⁴⁵. Feijoo se asombraba de que «el régimen que hay ahora es el que nunca hubo. Así se ven los efectos de él». Estos efectos eran:

amontonar materiales para aumentar la Marina, [...] las fábricas, [...] fortificar los puertos y fabricar en El Ferrol, Cartagena y Cádiz unos amplísimos arsenales, [...] romper montañas para hacer más tratables y compendiosos los caminos, [...] abrir acequias, engrosar el comercio con la formación de varias compañías, establecer escuelas para la náutica, para la artillería, y todo lo demás que deben saber los oficiales de Marina, formar una insigne de cirugía, debajo de la dirección del célebre maestro de ella don Pedro Virgilio, pagar exactamente los sueldos, satisfacer hasta el último maravedí los caudales anticipados por los recaudadores. Vemos consignados anualmente cien mil escudos de vellón para extinguir las deudas contraídas por el difunto padre de V.M., atraer con el cebo de gruesos estipendios varios insignes artífices extranjeros, ya de pintura, ya de estatuaria, ya de las tres arquitecturas, civil, militar y náutica, ya de otras artes.

En suma, se trata de una enumeración de los grandes proyectos de Ensenada y, en último término, del más importante de todos, el catastro: «trabajar en la grande y utilísima obra de reglar la contribución de los vasallos a proporción de sus respectivas haciendas».

El catastro, el proyecto más ilustrado del siglo por lo que tenía de fermento antifeudal⁴⁶, provocó de nuevo que Feijoo arriesgara, pues reflejó las dificultades técnicas, el coste de la operación, que era una de las críticas que ya empezaba a circular contra el vasto plan de *catastrar las Castillas*:

lo que a mi entender no podrá perfeccionarse sin grandes gastos; pero serán sin comparación mayores los frutos: lo que entiendo dónde y en cuánto sea practicable esta providencia, ignorando yo si pide o admite algunas restricciones en cuanto a territorios y modo de disponerla.

A Ensenada no le debió gustar nada que el fraile se metiera en estos asuntos. Cuando ya sabía que la operación del catastro iba a fracasar, le dijo a su querido amigo el cardenal Valenti Gonzaga: «No hay para mi cosa más dolorosa que mudar de concepto ya antiguo, porque lo que es efecto de la razón se suele atribuir a inconstancia del ánimo»⁴⁷.

Así que ya en las primeras páginas del más polémico libro, este tomo III de las *Cartas eruditas*, el padre *entraba de lleno en la política partidista*. Sabía por

⁴⁵ Agustín GONZÁLEZ ENCISO, *Estado e industria en el siglo XVIII: la fábrica de Guadalajara*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980.

⁴⁶ José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «Ensenada, hacendista ilustrado», en VV. AA. *El catastro de Ensenada, 1749-1756*, Madrid, Ministerio de Hacienda, 2002, págs. 83-99.

⁴⁷ AHN, *Estado*, leg. 2850. Ensenada a Valenti, 14 de julio de 1750.

Sarmiento todo lo que ocurría en la corte, pero también se lo había insinuado el padre Flórez en su carta, que Feijoo había incluido en el tomo anterior, en la que le hablaba claramente del *otro partido*: «obligando a envidiar el todo de su modo de probar y discurrir, aún a aquellos que son de otro partido, en lo que está sujeto a variedad».

Feijoo, en lo más alto de la estimación regia, podía estar tranquilo. Incluso los del *otro partido* «envidiaban su modo de probar y discurrir». Además, estaba Rávago, que impediría que las cosas fueran a mayores *arriba*, con «el amo». Rávago empleaba toda su astucia con el rey:

Y para consolarle añadí, y le gustó mucho, que yo no sabía cuál fuera peor para un Estado, si la unión o desunión de sus ministros, no siendo ellos muy santos; porque si están muy unidos se cubren unos a otros, y nunca llegan a saberse sus yerros⁴⁸.

La francofobia de Feijoo y la reacción ensenadista

Pero había un límite que no se podía rebasar, pues antes de nada estaba la estrategia político-militar —dos pactos de familia ya— y, aún más, la construcción de la nueva monarquía fernandina, que obviamente estaba coronada por la casa de Borbón y que encarnaba el primer borbón español, un rey *español* que, sin embargo, repetía a menudo «soy borbón», pues nada le enojaba más que *ser menos* ante sus primos franceses. Como decía Villarías, «los estímulos de la sangre hacen su oficio». En definitiva, ni siquiera gozando del «real agrado» se podía criticar al gran Luis XIV, como hizo Feijoo en este tercer tomo. Aunque corrieran por Madrid todo tipo de críticas contra los franceses, lo políticamente correcto era hacer como Ensenada:

¿Qué le parece a V. M. que me importará que el obispo (de Rennes) esté roto conmigo o yo con él a cara descubierta? Pues sepa V. M. que maldita la cosa, ni el que escriba o no chismes a la corte, cuando mis amos me conocen y tienen reiteradas pruebas de que yo procuro por todos los medios de que franceses y españoles se unan como hermanos para dar la ley a Europa⁴⁹.

Ensenada conocía muy bien los problemas del pacto de familia y la pretensión de los franceses de «hacer creer a los enemigos que todavía depende la España de la Francia», contra lo que siempre mantuvo la misma idea: «con la Francia no urge otro paso que el de la disimulación [...] sin contraer más empeño que el de las buenas palabras». O también: mostrar «una entereza pru-

⁴⁸ Rávago a Portocarrero, 25 de noviembre de 1749. Citado en OLAECHEA ALBISTUR, «Política eclesiástica de Fernando VI», pág. 148.

⁴⁹ Ensenada a la de Salas, 8 de enero y 26 de julio de 1744, en María Dolores GÓMEZ MOLLEDA, «El marqués de la Ensenada a través de su correspondencia íntima», *Eidos*, 2 (1955), págs. 66 y 67.

dente» y «conservar su amistad, bien que sin dependencia, para no exponernos al torrente de su poder, mientras no estuviese el de la Monarquía en la consistencia que debemos esperar».

Sin embargo, el iluso Carvajal llegó a decir, en 1753: «el rey ¿lo es nuestro por Borbón? Ya se ve que no»; y concluía con un desvarío político: «el rey es rey nuestro porque es de Austria y nadie puede dudarlo»⁵⁰. La francofobia de Carvajal aparecía ya en su *Testamento político* —que seguramente conoció Feijoo—, escrito antes de llegar al poder, en 1745, en el que decía de los franceses: «tienen para nosotros una enemistad irreconciliable que nos asesinarán hasta el último exterminio siempre que puedan». Para el que iba a ser ministro de Estado, el gobierno francés no había dejado de causar daño a España y a sus Indias, y auguraba: «piensan ponernos en el último exterminio y en menos figura que la que hacen Génova y Lucca, y a fe que llevan mucho andado del camino» España, por tanto debía elegir a Inglaterra, lo que seguramente agradó a nuestro fraile *anglófilo*. Todavía ocho años después, Carvajal se despachaba a gusto contra Francia y los franceses en *Mis pensamientos*: «todo lo demás es repugnante, empezando por el carácter de los individuos»⁵¹.

Pero esas ideas, obviamente, no eran las que tenían los verdaderos dirigentes del «Régimen que hay ahora» —palabras de Feijoo—, ni por supuesto era conveniente esgrimir las ante la exhibición de poder de los enseñadistas⁵². El propio Carvajal acabó reconociendo que «hace falta un primer ministro, pero yo no lo soy». Por eso Feijoo y Sarmiento se equivocaron al reconocer el favor del tozudo ministro de Estado cuando quizás éste no había sido más que un intermediario, o el último en firmar, como en el caso del Concordato. El padre maestro empezó bien el tomo III de las *Cartas*, con una dedicatoria repleta de alabanzas a los reyes de Francia —un santo en Francia y otro en España—, incluyendo loas a Luis XIV, el «Grande» y otros «ilustres progenitores de Vuestra Majestad»; pero cometió el error de anteponer las virtudes del rey de Rusia, Pedro I, a las del rey de Francia, Luis XIV, que salía muy mal parado en la comparación. En fin, esas ideas solo podían provenir del entorno de Carvajal, Alba, Wall y... Keene, que ya se reconocían como «el bando contrario». Como le decía Wall a Carvajal: «Contribuye a ello mucho la manera en que escribe mr. Keene, pues todas sus cartas son tan parciales hacia nosotros que cuasi se podría creer que V.E le ha encantado»⁵³.

⁵⁰ CARVAJAL, *Mis pensamientos...*, 1753. BNE, Ms. 10.687. Véase José Miguel DELGADO BARRADO, *El proyecto político de Carvajal*, Madrid, CSIC, 2001.

⁵¹ CARVAJAL, *Testamento...* y *Mis pensamientos*. BN, Ms.10.687. Hay edición del *Testamento* a cargo de José Miguel DELGADO BARRADO Madrid, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2014.

⁵² Véase el excelente estudio de Cristina GONZÁLEZ CAIZÁN, *La red política del marqués de la Ensenada*, Madrid, Fundación Jorge Juan, 2004, fruto de su tesis doctoral, premiada por la Fundación que la publica.

⁵³ AHN, *Estado*, leg. 4277-2. Wall a Carvajal, 20 de enero de 1752. A esas alturas, el astuto embajador Benjamin Keene había concebido ya el plan para acabar con Ensenada.

En fin, no sabemos la razón, pero el padre dio al impresor la carta 19, «Paralelo de Luis XIV, Rey de Francia, y Pedro el Primero, Zar o Emperador de la Rusia». Sin duda, aquella innegable anglofilia que ya dejó ver desde que se asomó a la imprenta (TC, II, 15) y la consiguiente francofobia también expresa en el mismo tomo (discurso 9) estaban en el fondo de este arriesgado pronunciamiento, que ahora hizo saltar a los enseñadistas, conocedores de las intenciones de Inglaterra y de su embajador... y sus amigos en el gobierno⁵⁴.

Pablo de Ordeñana, el brazo derecho de Ensenada⁵⁵, «el brazo ilustrado», se vio obligado a intervenir inmediatamente y le pidió a Feijoo una rectificación, no sin recordarle al comienzo de la carta que el compromiso contraído al aceptar el «regalo regio», no era «como no es, efecto de solicitud de V.», y que sería conveniente que le pidiese al rey «con eficaz ruego que levantase la prohibición cuando no a favor del padre Soto y Marne, al de los demás que no han incurrido en igual culpa, para que así quede libre el campo de los modestos investigadores de la verdad»⁵⁶. La lógica era aplastante y Ordeñana aún empleará otro argumento: el propio Feijoo ya había tenido que rectificar sus ideas, por ejemplo, las que tuvo años atrás sobre las teorías newtonianas. Reciente el caso de Jorge Juan y los problemas para publicar su obra —que obviamente se logró por intermediación de Ensenada—, Ordeñana le decía a Feijoo:

si ha leído las *Observaciones* de nuestros marineros don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, se habrá convencido de que no son subsistentes las razones con que intenta usted probar que el mundo es de figura ovalada⁵⁷.

No debió gustarle a Feijoo nada este reproche, pero debió gustarle menos la segunda carta de Ordeñana, la del 12 de septiembre de 1750, que comenzaba

⁵⁴ «Es curioso advertir que esta anglofilia de Feijoo es una constante de su pensamiento que aparece ya en sus primeros escritos [...] Quizá sea exagerado hablar de una francofobia de Feijoo a la vista de su admiración por Descartes y otros pensadores franceses cuyo estudio recomienda (*Cartas eruditas*, II, 14), junto con el de la lengua francesa (*Cartas eruditas*, V, 25 y 26), pero es indiscutible que no vaciló en atacar con crudeza personajes e instituciones galos en términos que incluso podían despertar recelos a sus contemporáneos» (Luis SÁNCHEZ AGESTA, «Feijoo y la crisis del pensamiento político español en el siglo XVIII», *Revista de Estudios Políticos*, 22-23 (1945), págs. 71-127).

⁵⁵ Cristina GONZÁLEZ CAIZÁN, «Agustín Pablo de Ordeñana (Bilbao, 1711-Madrid, 1765), un ilustrado vasco en la corte de Fernando VI», *Bidebarrieta: Revista de humanidades y ciencias sociales de Bilbao*, 17 (2006), págs. 487-506. Todo el mundo conocía el papel de Ordeñana. El marqués de la Bondad Real, embajador en Parma, le decía a Ordeñana: «yo no escribo a S. E. (*Ensenada*) por ser V. M. lo mismo y no tener en qué diferenciar» (AGS, *Secretaría de Guerra, Suplementos*, leg. 177, Bondad Real a Ordeñana, Colormo, 13 de julio de 1750). Citado en Cristina GONZÁLEZ CAIZÁN, «Correspondencia erudita entre D. Agustín Pablo de Ordeñana y el padre Feijoo», *Brocar*, 23 (1999), págs. 59-86.

⁵⁶ Las cartas transcritas en GONZÁLEZ CAIZÁN, «Correspondencia erudita entre D. Agustín Pablo de Ordeñana y el padre Feijoo».

⁵⁷ La obra estaba en la biblioteca de Ordeñana. Véase Cristina GONZÁLEZ CAIZÁN, «La biblioteca de Agustín Pablo de Ordeñana», *Brocar*, 21 (1997), págs. 227-268; así como GONZÁLEZ CAIZÁN, *La red política del marqués de la Ensenada*.

por un agradecido acuse de recibo del tomo III, que Feijoo le había enviado, y continuaba directamente con el tema: la carta 19 era tan inadecuada que «ha ofendido a toda la nación francesa, que lleva muy mal se afee en él (Luis XIV) la memoria de un rey que es el objeto de su mayor veneración y aún el de toda Europa». Además, no había ningún motivo. Ordeñana era durísimo en el argumento, pues le espetaba que parecía que la única razón era:

que traía considerado usted preciso destruir la opinión de este príncipe (Luis XIV) para fundar sobre su ruina la del Zar Pedro imitando en esto a muchos de nuestros predicadores que creen no elogian bastante en su panegírico al santo del día si no bajan el valor de aquéllos o aquél con quien le comparan.

Pero Ordeñana se reservaba lo más duro para el final. Según «he oído discutir a varios franceses» —le reprochaba—, habrían «hecho impresión» en Feijoo las «especies malignas» divulgadas por los calvinistas, «que ensangrentaron sus plumas contra Luis XIV» cuando fueron expulsados de Francia al revocar el rey el edicto de Nantes. Y casi como una amenaza, Ordeñana concluía: «Veremos cómo prorrumpe el sentimiento de la nación en París adonde me aseguran se ha remitido la traducción del «Paralelo» hecha con todo cuidado. Entre tanto, puede usted prepararse».

El ensendista se despedía del padre pasando a sus manos, con la carta, un «Retrato político y moral que la casualidad ha puesto en las mías» y deseando «los triunfos de usted en esta lid».

Feijoo contestó el 28 de octubre. Fue al grano tras dos líneas de cortesía: «el celo con que corrige mis yerros muestra el deseo que tiene de mis aciertos». Basó su argumento en repetir todos los pasajes en que había hablado bien de Luis XIV y, en efecto, lo había hecho, pero se mantenía firme en el elogio al zar. Incluso continuaba haciendo «paralelos», como por ejemplo: «aun concediendo como de justicia que Luis XIV es llamado Luis el Grande, sobran muchos materiales al mundo para erigir al zar Pedro una estatua colosal, mucho más agigantada que la que merece Luis XIV».

Si aceptaba que Luis era el Grande, hacía del zar «Pedro el Máximo». Insistía en lo mismo en varios párrafos de la carta y, además, para enfurruñar más las cosas, citaba como autoridad a Fontenelle y a Voltaire. La irritación en el *primer círculo ensendista* debió de ser colosal. Expresamente, Ensenada había reconocido como inspirador de su política a Luis XIV, en las Ordenanzas de la Marina, en la formación del mapa de España, en su plan de formación de técnicos en París. Sus espías le tenían perfectamente informado de lo que pasaba en la corte de Luis XV y no ocultaba su admiración por Francia⁵⁸. Por el

⁵⁸ Naiara PAVÍA DOPAZO, «Margarita Isabel O'Brien: condesa jacobita y dama de la monarquía española», *Brocar*, 36 (2012), págs. 65-93.

contrario, Feijoo había llegado a afirmar en la primera respuesta a Ordeñana que «Luis entró en la corona de Francia hallando ya introducidas las artes y las ciencias en aquel reino, con que no pudo ya introducirlas sino perfeccionarlas», mientras, en su despedida, todavía se refería a las relaciones de Luis XIV con la Maintenon y «a su comercio con la Montespan». Realmente inaudito. Para acabar, afirmaba: «en el paralelo de los dos monarcas escribí lo que realmente sentía».

La contestación de Ordeñana, el 12 de diciembre, fue durísima, como era previsible. También fue muy política, pues los enseñadistas necesitaban la apariencia de neutralidad mientras duraba el rearme de «ocho años» y la «indulgencia» de Inglaterra (así califica Carlos Martínez Shaw la actitud de mantener la neutralidad a pesar del enorme potencial bélico de que disponía mientras el rearme español estaba a medias). Ordeñana se escudó en la respuesta en «lo que oí a varios franceses» y anticipó que observaba «la más exacta neutralidad, suspendiendo mi juicio sobre el paralelo». Pero inmediatamente pasó al reproche. Para empezar, los autores franceses que había esgrimido Feijoo, Voltaire, Fontenelle y el diccionario histórico de Moréri, le parecían otro error gravísimo: «ninguno mejor que usted puede conocer lo despreciable de estas autoridades». Luego seguía con cada uno de ellos, especialmente con Voltaire, que «últimamente ha decaído tanto en Francia que ya no se hace caso de él, motivo sin duda que le ha precisado a buscar su fortuna fuera de aquel reino, habiéndose transferido a Berlín, en donde al presente se halla». (Y donde editó, en 1751, *El siglo de Luis XIV*, que Ordeñana tuvo en su biblioteca). Luego, Ordeñana hacía un extenso panegírico de Luis XIV, incluyendo su protección al catolicismo (por la revocación de edicto de Nantes).

Antes de que Ordeñana escribiera su durísima respuesta, Feijoo había cumplido lo que le prometió y había escrito una segunda parte, el 23 de noviembre, que se apresuró a enviarle. Algo debía de haber oído el Padre Maestro, pues el tono de esta carta era muy diferente a la anterior. Seguramente, le informaron mejor de lo mucho que habían cambiado las cosas tras la muerte de Felipe V —y más desde la paz de Aquisgrán— y de que el nuevo rey, al que había ensalzado en su dedicatoria, se jactaba de hablar de igual a igual con sus primos franceses, creyendo —y en ello se empleaban los ministros— que en toda Europa se conocía que ya España no estaba subordinada a Francia⁵⁹. Por eso importaba recalcar que Fernando VI era el bisnieto de Luis el Grande y que, como «no quería guerra con nadie», no había por qué hablarle de reyes a caballo caracoleando a la cabeza de sus tropas. Ordeñana y Ensenada sabían lo que había

⁵⁹ Carvajal aprovechaba para despachar «ahora que está el yerro caliente, que si se enfría, acaso se levantarán vaporcillos de *yo soy borbón* que me han desconcertado mis medidas algunas veces», GÓMEZ URDÁÑEZ, *Fernando VI*, pág. 61.

costado hacerle firmar la paz de Aquisgrán sin que se considerara humillado por los franceses (que es lo que pensaba Carvajal hasta que el tozudo se convenció de que no había nada que hacer). Así que Feijoo acabó deshaciéndose en loas hacia Fernando VI, «un monarca a quien adoro» y hacia su antepasado Luis XIV, explicando su nueva actitud así:

mucho más inclinado me siento a preconizar las glorias de un príncipe, sobre católico y vecino, ascendente de un monarca a quien adoro y de otro a quien venero, que las de otro heterodoxo distante y que por ninguna parte puede inspirarme algún afecto apasionado.

Al fin nuestro erudito comprendía y colaboraba con los que fabricaban al rey pacífico: «nunca les propondría (a Fernando y Bárbara) como modelo proporcionado a su imitación a algún príncipe guerrero, o famoso por sus expediciones militares». Feijoo lo había entendido: el modelo era el contrario, el de

aquellos que incesantemente se aplicaron a procurar el mayor bien para sus reinos: justos, pacíficos, padres de sus vasallos [...] Quiero al príncipe pacífico, mas no cobarde; moderado, mas no insensible, religioso, mas no encogido, y en fin, que los confirmantes le vean apacible pero armado; con la espada envainada, pero ceñida.

Son palabras que parecen salir de la boca de Ensenada. Con intención de terminar el diálogo una vez conseguido el objetivo, Ordeñana contestó a esta carta rápidamente, el 31 de diciembre, reparando que «en ella se explica usted en términos aún más indulgentes que en la primera hacia Luis XIV, declarándole no solamente grande, sino muy grande, que vale lo mismo que máximo». Y como coronación del éxito que significaba haber hecho torcer la mano nada menos que a Feijoo, Ordeñana escribía: «Nuestro monarca y su primo dos veces hermano Luis XV tienen ejemplos ilustres que seguir sin salirse de su familia en las dos líneas de España y Francia».

El 26 de enero contestó Feijoo con agradecimientos y algún reparo, a lo que Ordeñana, dando por finalizado el carteo, respondió el 28 de febrero de 1751, insistiendo en el panegírico de Luis XIV y refutando todavía cualquier punto negativo o argumento desfavorable de las cartas anteriores de Feijoo. También con un cierto hartazgo, pues del todo Feijoo no se desdecía, sino que empleaba otros circunloquios. Era inevitable: Feijoo era un intelectual, no un político; además, seguramente, no era ya consciente de las nuevas lides intelectuales que irrumpían en el *Madrid de la neutralidad*. Ignacio de Luzán, recién llegado de la embajada francesa, traía un nuevo gusto literario; sus *Memorias de París* —dedicadas al padre Rávago— eran una loa constante a Francia y a la cultura francesa, mientras, como hombre de moda, recibía de Carvajal el encargo del proyecto de creación de una Academia de Ciencias

y Letras. En el borrador, de 1751, proponía a todos los intelectuales para académicos, incluidos Sarmiento, Mayans, Pingarrón, Burriel, etc., pero no a Feijoo⁶⁰.

La situación política se fue enrareciendo y, al final, todo se precipitó tras la muerte de Carvajal el 8 de abril de 1754. Un año antes, Feijoo había publicado todavía un tomo más de la *Cartas eruditas*, el cuarto, que dedicó a Bárbara de Braganza, una solución inteligente: uno al rey, otro a la reina. Pero ya no habrá otro hasta que llegue Carlos III y termine el gobierno de Ricardo Wall, que ni a Sarmiento ni a Feijoo podía satisfacerles.

Silencio, pues ganó el bando contrario

Desterrado el 20 de julio de 1754 Ensenada, víctima de los que habían estado cobijados con «los tres del conjuro» —Huéscar, Valparaíso y Wall— a la sombra del ministro de Estado, Feijoo puso fin al combate, mientras su amigo Sarmiento, que había salido de la corte «quitándose de en medio en aquellos momentos críticos», en acertada expresión de José Santos Puerto, se mostraba «escarmentado y desengañado de uno y otro mundo literario y político», como les decía a los duques de Medina Sidonia un año después⁶¹. Para salir de Madrid, él dice que había pedido permiso por escrito a Carvajal, pero en realidad partió varios días después de su muerte, «a últimos de abril cuando se me ofreció salir de Madrid, como de hecho salí a cinco de mayo del mismo año». Así pues, Sarmiento sabía antes de partir que el duque de Huéscar, que se había hecho cargo interinamente de la Secretaría del difunto don José y que era mayordomo del rey, ya había decidido el sucesor: el *irlandés* Ricardo Wall (en realidad, un jacobita nacido en Nantes)⁶². Sabía también que el padre Rávago se escandalizó y que en la embajada francesa el duque de Duras dio por perdido a Ensenada, como otros de sus allegados, que hicieron las más negras conjeturas sobre su futuro. Jaime Masones de Lima, embajador en París, se encerró en la embajada y escribió a Wall en su confusión:

La voz general se reduce a que se trataba por Ensenada y su partido (en que por consiguiente metían a mí juntamente con la reina viuda) la negociación de que nuestro amo abdicase la corona, entraba en ella el rey de Nápoles y pasase a aquella

⁶⁰ AHN, Estado, leg. 3021. El proyecto se retomó varias veces, incluso llegó a Godoy. Ensenada, sin embargo, dudó sobre el asunto: «Antes que el señor Carvajal pensó Ensenada en Academia de las Ciencias y hizo varios preparativos, pero abandonó la idea porque vio que los jesuitas, por medio de Rávago, se iban a apoderar de tal academia, situándola en el Seminario de Nobles».

⁶¹ SANTOS PUERTO, *Martín Sarmiento*, págs. 186-188.

⁶² Diego TÉLLEZ ALARCIA, *D. Ricardo Wall, aut Caesar aut nullus*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2008.

el infante duque de Parma, lo cual descubierto por la reina nuestra señora disuadió al rey que conoció los malos consejeros y prorrumpió en castigarlos⁶³.

Otro que también se asustó fue el abate Gándara, acérrimo ensenadista y partidario de los jesuitas, quien vio en la caída del marqués el principio del fin de la Compañía:

porque observando las nubes que corrían de norte a poniente y de Levante a Mediodía desde el año de 54, vislumbé la furiosa tempestad que iba a descargar sobre la Compañía si Dios no lo remediaba. Y llegué a concebir que en tales circunstancias, la frecuencia de mis visitas y mi correspondencia epistolar, sin serles útil para nada, podía perjudicarles en mucho⁶⁴.

Ricardo Wall, el hasta entonces embajador, había salido inmediatamente de Londres tras la muerte de Carvajal y se detuvo en Versalles para besar la mano a Luis XV el día 29 de abril. Uno de los ministros, el mariscal Noailles, gran conocedor de España y amigo de Ensenada, presente en la ceremonia, transmitió al embajador Duras sus temores sobre la peligrosa situación: los grandes iban a volver al poder. También Isabel Farnesio, que aborrecía a Huéscar —el odio era mutuo— estaba alarmada por la posibilidad y, desde luego, lo estaba Sarmiento, que conocía bien el juego político, pues en carta al librero Mena el 1 de mayo, preparando el viaje, le decía con sorna:

Recibí su carta lacrada de colorado en lugar de venir lacrimosa con oblea negra haciendo la dolorida por el funesto acaso que me ha sucedido el día de San Marcos. Si bien, según el ceremonial heráldico de obleas y de ser usted aposentador en jefe por el rey, con uniforme azul, de que le doy mil felicitaciones de moda, debía y debe usar de oblea, o de lacre, azul, que es el color característico de ojos irlandeses⁶⁵.

Lo que no sabemos es qué le ocurrió el día de San Marcos, que por cierto era el cumpleaños de Ensenada.

Otro que también salió de Madrid para quitarse de en medio fue Jorge Juan, el mejor amigo de Ensenada. Desde el día 17 de julio, el escenario de crisis era ya perfectamente conocido por el marqués, pues sabía que había llegado de Londres la carta que le iba a perder⁶⁶. No es nada sorprendente que el día 19

⁶³ Masones a Wall, 5 de agosto de 1754, en GÓMEZ URDÁÑEZ, *El proyecto reformista de Ensenada*, pág. 149.

⁶⁴ Miguel Antonio de la GÁNDARA, «Resumen de la calumnia contra Gándara: motivos y vengativos del calumniador; errores de la impostura, tratamientos padecidos...» (1770), BNE, Ms. 7.641.

⁶⁵ Citado en SANTOS PUERTO, *Martín Sarmiento*, pág. 187.

⁶⁶ Véase las acusaciones contra Ensenada y la maquinación para lograr su caída en GÓMEZ URDÁÑEZ, «El duque de Duras y el fin del Ministerio Ensenada (1752-1754)», *Hispania*, vol. LIX, enero-abril, 201, 1999, pp. 217-249.

—¡un día antes!— saliera Jorge Juan de Madrid con destino a Cartagena, quizás aconsejado por el marqués para que no estuviera en Madrid y corriera la suerte de los más directos colaboradores, que fueron desterrados⁶⁷.

Jorge Juan se enteró de la noticia el día 7 de agosto en Cartagena, en compañía del intendente Francisco Barredo, otro ensenadista, crucial colaborador en el intento de extinción de los gitanos, a los que encerró en el arsenal. Un inglés asentado allí aseguró que a ambos les dio «un pánico tembloroso después de leer las cartas sobre la caída de Ensenada». Debió de ser por la dureza del castigo, el arresto y el destierro de un toisón, calatravo y sanjuanista, pues hasta entonces, un ministro caído era sencillamente retirado de los asuntos, no castigado como un delincuente. Por eso, como ocurrió en todas las embajadas, donde se disparó la imaginación temiendo graves represalias y, desde luego, la guerra, en Cartagena, ese informante inglés también pudo apreciar que «el duque de Huéscar y el Sr. Wall están aquí vistos de una manera muy negativa por el partido francés, sin embargo, para el otro (partido) brillan como el sol»⁶⁸. Pero había ocurrido lo que con tanto ahínco persiguieron los grandes: «Jorge y Ulloa no esperen/ pues venció el bando contrario»⁶⁹.

Cuando Jorge Juan llevaba ya unos meses en Cádiz, tras pasar por Granada y visitar al *jefe*, el «sujeto que más quería en España» —así lo calificó Ensenada— le escribió, a través del fiel criado Rosellón: «Se han trocado los bolos y hallo que no hay cosa como estarse en su rincón»⁷⁰.

Llegaban tiempos de espera, y así lo entendieron el desengañado Sarmiento, el sabio Juan «en su rincón» y el atrabiliario Gándara, y debió de entenderlo también Feijoo, que no volvió a dar nada a la imprenta hasta que llegó Carlos III desde Nápoles, al que dedicó el último tomo de las *Cartas eruditas*, quizás suspirando también por esa «feliz revolución» que anunció el padre Isla, el amigo de Ensenada que celebró su vuelta a la corte con un alegre «aún vive nuestro marqués». Pero ya todo serían desengaños.

Un epílogo. El último tomo y la «feliz revolución» de Carlos III

Precisamente, la firma del Tercer Pacto de Familia por Carlos III era la rotunda demostración de la equivocación de Feijoo en sus ideas anglófilas, *carvajalistas*. El autor del giro hacia Francia, Jerónimo Grimaldi⁷¹, gran amigo de Ensenada

⁶⁷ Armando ALBEROLA ROMÁ y Rosario DIE MACULET (eds.). *Breve noticia del Excelentísimo Señor don Jorge Juan y Santacilia, por Miguel Sanz*.

⁶⁸ GONZÁLEZ CAIZÁN, *La red política del marqués de la Ensenada*.

⁶⁹ Hay varias copias del conocido pasquín, por ejemplo BNE, mss., 11.038, 10.912, etc.

⁷⁰ Jorge Juan a Rosellón, 11 de marzo de 1755. Citado en Felipe ABAD LEÓN, *El marqués de la Ensenada*, Madrid, Editorial Naval, 1985.

⁷¹ Véase Paulino GARCÍA DIEGO, *Jano en Hispania. Una aproximación a la figura y obra de Jerónimo Grimaldi (1739-1784)*, Madrid, CISC, 2014.

—a quien fue a ver a Medina del Campo, en 1777, antes de salir de España—, había rectificado el rumbo marcado por Wall y Alba, volviendo a *la unión de las dos coronas*. Antes, Feijoo dedicó a Carlos III su último tomo de las *Cartas eruditas*, recordando que había tenido el honor de hablar con Su Majestad... treinta y dos años antes.

El año de veinte y ocho logré la dicha de ver y oír a V.M. en el Palacio de Madrid no más que el corto espacio de un cuarto de hora; y un tan breve tiempo me bastó para concebir las altas esperanzas que en el referido escrito manifesté [...] El que en la edad adulta ha de ser gigante, desde la infancia descubre mayor estatura, que la que corresponde a aquella edad. (CE, V).

Feijoo murió en 1764 y no pudo ver el último tiempo de aquella lucha política a la que él había contribuido muchos años atrás con sus ideas, pero se hubiera sorprendido al comprobar la complejidad a la que había llegado la Política, la inquina de aquellos grandes, ociosos y rencorosos, y sobre todo, la potencia imparable del *Leviatán* servido ahora por verdaderos déspotas. Se hubiera admirado también al ver que aquel catedrático necio, recaudista del duque de Alba —que ahora presumía de volteriano—, Diego de Torres Villarroel, crítico con él hacía cuarenta años, volvía a hacer de las suyas en otro de los momentos críticos del siglo del despotismo, 1766, el año en que las esperanzas del partido de los grandes, que se adormilaron tras comprobar que habían sido capaces de echar a Ensenada en 1754 sin que Wall y el duque de Alba pudieran llevar a cabo sus objetivos, habían vuelto a reverdecer.

Ya se habían hecho ilusiones cuando murió Fernando VI⁷², pero Carlos III se presentó con sus italianos, lo que de nuevo dio al traste con las expectativas de algunos —de entrada, el conde de Aranda fue alejado hasta Polonia⁷³—, pues el nuevo rey todavía rechazó más a la gran nobleza. Según decía el embajador danés:

El Rey continúa despreciando más que nunca a sus nuevos súbditos, y estimando y distinguiendo a los napolitanos, a los sicilianos y, en general, a los italianos, y no creo que sea excesivo aventurar que el Sr. Grimaldi debe, en gran parte, a esta actitud del Rey el brillante puesto que acaba de obtener.⁷⁴

⁷² Y volvieron a su afición a los pasquines. El más famoso es *La botella de Alba*, de la que hay muchas versiones. Véase *Diálogo entre varios sujetos sobre el gobierno de España en este año de 1759*. BNE, Ms. 18.647-24. El duque de Alba aparece aterrado ante la llegada del rey, mientras Ensenada, en actitud desafiante, le ve «triste, absorto y casi en términos de desesperado» y le reprocha, a él y a todo el gobierno de Wall, su inutilidad política. Véase también «Convite de los grandes para un juego de pelota. Cierta magnate convoca a toda la grandeza para hacer un partido de pelota contra otro de jugadores extranjeros, que se espera en Madrid con motivo de venir de Nápoles a la sucesión de España el señor don Carlos Tercero. Año de 1759» (BNE, Ms., 18.194).

⁷³ José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ *et al.*, *La oda «Ad comitem Aranda» de Estanislao Konarski*, Lublin, Twerset, 2012.

⁷⁴ Citado en OLAECHEA ALBISTUR, «Contribución al estudio del “motín contra Esquilache” (1766)». Se refiere al nombramiento de Grimaldi secretario de Estado.

El caso de Esquilache era todavía más irritante, a juzgar por el mismo embajador:

El Sr. Esquilache, siempre en posesión del favor y de la confianza del Rey, cerrado en sus principios, no actuando sino según sus estrechas miras y sus intereses particulares, continúa haciendo despóticamente lo que le viene en gana, llenando las arcas del Rey, enriqueciéndose él mismo, destruyendo el comercio y la industria, y precipitando al pueblo cada vez más a la miseria.

Tanto es así que el embajador se atrevía a profetizar, en 1764: «la miseria es ya tan grande, que a poco que se persista en seguir pisando al pueblo, y a nada que la cosecha de este año sea tan mala como fue la del año pasado, las consecuencias no podrán ser sino funestas y terribles»⁷⁵.

No era un vaticinio —aunque los había y muy variados⁷⁶—, sino la reflexión de un observador que ya había podido ver el hambre, la falta de alojamientos, el paro de las clases bajas de Madrid, la llegada de pobres desesperados a la gran ciudad, una ciudad peligrosa⁷⁷. Así llegó el motín del domingo de Ramos, la gran conmoción política del siglo y un resultado bien visible: el destierro de Ensenada a Medina del Campo (acompañado en la desgracia por algunos notorios ensenadistas como el abate Gándara, enemigos del duque de Alba, o de Campomanes, como el marqués de Valdeflores, o Hermoso). Ya había muerto Feijoo, pero lo que había sembrado, la crítica, la Política, seguía creciendo y Torres, su contrafigura más perfecta, nos lo aclaró al revelarnos, en el Almanaque de 1766, no solo la caída de Esquilache, al que era fácil colocar en el centro de la diana del malestar popular, sino también la de «nuestro padre Adán», al revés: «Nada», el que había sido desterrado a la «Gran nada» y había vuelto a la corte, haciendo de nuevo figura, amigo de Esquilache y Grimaldi, y llegando a humillar al mismísimo conde de Aranda cuando fue presidente del consejo de guerra contra los que perdieron La Habana⁷⁸. Ensenada, Adán, es la respuesta al enigma que propuso Torres:

⁷⁵ OLAECHEA ALBISTUR, «Contribución al estudio del “motín contra Esquilache” (1766)».

⁷⁶ Como veremos, el Piscator de Torres Villarreal de 1766 sí anunciaba la revolución por artes adinatorias; también un literato, véase Miguel SOLER GALLO, «Hágate temeroso el caso de Raquel»: el motín contra Esquilache escenificado en *La Raquel* de García de la Huerta», *Tonos digital: Revista electrónica de estudios filológicos*, 18 (2009). En Roma se anunciaban graves alteraciones en Madrid. Véase Enrique GIMÉNEZ, «El antijesuitismo en la España de mediados del siglo XVIII», en Antonio Mestre y Pablo Fernández Albadalejo, *Fénix de España*, pág. 291.

⁷⁷ Jacques SOUBEYROUX, «Le “motín de Esquilache” et le peuple de Madrid», *Caravelle*, 31(1978), págs. 59-74; también José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «Ideas políticas y agentes del triunfo del Despotismo Ilustrado español, 1756-1766», *Revista de historia Moderna y Contemporánea*, 10 (2012), págs. 53-73.

⁷⁸ José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ, «Víctimas ilustradas del Despotismo. El conde de Superunda, culpable y reo, ante el conde de Aranda».

Quién es aquel que nació
sin que naciese su padre
no tuvo madre [...] ⁷⁹.

El viejo Torres, complacido en el palacio de Monterrey, oía constantemente al duque de Alba bramar contra los *en sí nadas*, así que no arriesgó mucho en el enigma. Campomanes, que no quería que nadie pensara en un motín *político* en el que los grandes se vieran involucrados, pues ya tenía la solución —la conjura jesuítica—, puso en las manos de Carlos III, en julio de 1767, el decreto que prohibía imprimir pronósticos y piscatores. Fernando VI mandó callar a los críticos contra Feijoo; Carlos III prohibió las aparentes chifladuras de un recadista de Alba que descubría la conjura que había detrás de la «fermentación».

La Política siguió discurriendo por los cauces abiertos por Feijoo, ya cada vez más desdibujados, pues los ministros de Carlos III, abogaduchos y sármatas, se mantuvieron firmes al timón del Estado. Murió Alba, pero quedó un testigo de la vieja guerra librada por los grandes, el conde de Aranda, al que entre unos y otros lograron tenerle alejado...en París. Mientras, Feijoo siguió siendo editado, citado por todos como fuente, recordado cuando todavía reaparecían «errores comunes», como hizo Olavide al prohibir en las Nuevas Poblaciones que las campanas tocaran a hielo. Por el mismo motivo, quizás también lo recordó Jovellanos, testigo de la misma superstición al pasar por La Rioja. Pero hubo, hay y seguirá habiendo quienes digan que el padre maestro fue solo un divulgador de conocimientos superficiales.

⁷⁹ Véase MERCADIER, *Diego de Torres Villarroel*, pág. 179 y ss.